

## LOS NIÑOS MINUSVALIDOS Y LOS MEDIOS DE COMUNICACION SOCIAL

---

*Gianfranco Parisi.*

---

No podemos hablar de integración de los minusválidos en la escuela y en la sociedad sin que la opinión pública sea sensibilizada y ganada para este objetivo. Uno de los procesos de dinamización más fuertes en la cultura contemporánea es el ejercido por los sistemas de comunicación masiva. En efecto, la capacidad de orientar, formar imágenes y transmitir mensajes que hoy tienen los medios de comunicación, es innegable. Y dada la frecuencia con que intervienen en las cuestiones relacionadas con minusválidos, inválidos, ancianos y marginados en general, es oportuno que nos ocupemos en este capítulo de analizar las conductas informativas al respecto, sin la pretensión de querer agotar el tema.

¿Cómo afrontar un tema tan dramático como el de la integración social de los impedidos sin caer en la retórica, en la obviedad o en el lugar común, sin ser paternalistas, o peor aún, demagogos?. Sin embargo, debemos ir contra la corriente, rechazar la cobardía natural que está en cada uno de nosotros y evitar el fácil refugio del silencio.

Teniendo en cuenta las excepciones que confirman la regla, la prensa, la televisión y, en general, los llamados medios de comunicación, por lo menos en nuestro país, no han sabido afrontar el problema del *handicap*. Los medios de comunicación están, por su misma naturaleza, condicionados o por factores políticos o por factores comerciales,

por la necesidad de aumentar las ventas, de incrementar los llamados "índices de lectores o de televidentes". A menudo el primero y el segundo elemento combinan entre sí en forma inseparable. Y entonces el problema grave y complicado de la integración de los minusválidos en la sociedad, se transforma inmediatamente en un sensacionalismo amarillista para aumentar la venta. Toda realidad se vuelve espectáculo, es decir, el **show business** debe ser continuo. Y para lograr esto, se confunden las cosas, se hacen solicitudes y propuestas irrealizables, se venden ilusiones peligrosas y, de esta manera, los medios de comunicación con un lenguaje genérico e incomprensible, en lugar de informar, desinforman.

"El aluvión de informaciones manipuladas permite que coexistan la sobreproducción informativa y la destrucción de formas autónomas de conciencia social. El poder informativa que deriva del monopolio de las informaciones y de los mensajes predispone la coincidencia entre la sobrecarga de noticias y la sobrecarga de ignorancia (1).

En efecto, el no saber distinguir entre minusválidos físicos y minusválidos psíquicos, a menudo lleva a una irresponsable confusión. La prensa, la radio, la televisión no se ocupan de estos problemas, y cuando lo hacen tratan de eludirlos o citan casos muy raros, como por ejemplo el de aquel hombre sin brazos que dibuja cuadros maravillosos sirviéndose de los dedos de los pies. Muy bien, diríamos, muy ejemplar. Pero, los problemas de los hombres sin brazos, es decir, los problemas reales, concretos, auténticos, se diluyen. Y sólo una minoría culta puede llegar a suponerlos. Y se concluye que si alguien logra dibujar cuadros maravillosos con los dedos de los pies, el problema de los mancos queda todo reducido a una cuestión de voluntad y de coraje.

Durante la última visita del Papa a los Estados Unidos, en una de las ceremonias públicas, la liturgia estuvo amenizada por el canto de un muchacho manco de ambos brazos, que tocaba la guitarra con los dedos de los pies. Naturalmente, el insólito episodio despertó el interés del Papa, quien se bajó de su estrado y premió al muchacho con el acostumbrado beso. Como es natural, una vez más explotó la emoción del público, pero el problema quedó como siempre, sin solución. Los medios de comunicación no nos dicen muchas otras cosas más interesantes que el citado momento emotivo, como ejemplo, los esfuerzos que le costaron los demás actos ordinarios de la vida, tales como comer, vestirse, bañarse, abrazar amigos, en fin, sobrevivir.

A veces vemos programas de televisión que nos muestran la serenidad de una familia de ciegos, un espástico que se graduó de médico y logró especializarse en neurología. Mientras uno mira esos programas, siente que hay alguna manipulación oculta y alguna utilización inconfesable de esas imágenes.

Nuestra reflexión no quiere ser tremendista. No quiere decir que para los minusválidos no haya nada que hacer y que los medios de comunicación tienen que solucionarlo todo. Lo que se quiere afirmar es que los problemas tienen que ser afrontados tal como son y no resueltos con falsas soluciones construídas sobre fundamentos de arena.

Los minusválidos tienen problemas comunes que pueden y deben ser tratados y resueltos en la sociedad, la cual tiene el deber de ayudarlos a vivir, a socializarse y a

proporcionarles técnicas rehabilitativas siempre más perfeccionadas.

Cuando los medios de comunicación hablan del problema de los minusválidos, no se dirigen a ellos, sino a la gente que está a su alrededor. La tarea, precisamente, es la de sensibilizar a aquellos que no tienen problemas de ese tipo y llevarlos a sentirse en cierto modo responsables. Y por esto, esa tarea hay que afrontarla a fondo, sin esconder nada de su complejidad.

Pero debemos tener muy claro que las pequeñas soluciones, que son las más factibles e inmediatas, no deben hacernos olvidar que no podemos quedarnos allí y que lo que puede ser útil para uno no necesariamente debe funcionar para otro. Cada persona excepcional tiene un status psicológico y sanitario propio que hay que respetar. No podemos poner a un anciano de ochenta años sentado en una silla de ruedas, pero con la conciencia de haber llegado al fin de su existencia, junto a un joven distrófico que debe aprender a vivir con su desgracia. Dicho de otro modo, debemos recordar que los minusválidos también son seres humanos, poseedores de diferencias y de factores que los hacen semejantes entre sí.

No se trata aquí de argumentar desde el punto de vista médico-sanitario, o legal, sino de insistir en la forma errada con que frecuentemente tratan el problema los medios de comunicación. La tarea específica de los medios consiste, en nuestro caso, en ofrecer información verídica con el propósito de sensibilizar a todos: a los que son definidos como inhábiles y a los que son definidos como "normales" o hábiles. Pero sobre todo, informar a aquellos que pueden en mayor medida influir en el ambiente social en razón de su trabajo: legisladores, médicos, educadores, sindicalistas, administradores públicos, políticos, padres de familia, familiares de los minusválidos, sacerdotes, ciudadanos comunes, si queremos que la integración del minusválido en la sociedad sea en verdad operativa y no una ilusión demagógica.

Una buena información, clara, exacta y confiable, sirve para prevenir y afrontar adecuadamente el *handicap*, si nos proporciona conocimientos socio-sanitarios, conocimientos médico-científicos y cultura social. La información es un elemento insustituible en la solución de los problemas. La sociedad y los minusválidos tienen necesidad de conocer mejor los términos de la cuestión que los involucra. Los medios de comunicación deben hacer lo posible para facilitar la integración de los minusválidos en la sociedad, ofreciendo iniciativas para su trabajo, sus desplazamientos y, en fin, para todos los aspectos de su vida social dentro, naturalmente, de lo que sus posibilidades permiten.

Integración de la sociedad, muy bien. Pero, ¿en qué sociedad queremos integrarlos? ¿En esta sociedad? ¿Con estas escuelas, con estos hospitales, con estos índices de desocupación y de productividad? Tomemos, por ejemplo, la escuela. Todos sabemos que hay muchas resistencias para integrar a los minusválidos en las escuelas regulares. Todos sabemos que la Constitución y la Ley de Educación no se oponen a la integración escolar del niño excepcional. Pero nadie se preocupa del hecho que nuestras escuelas, tal como son, no están capacitadas y equipadas para estas integraciones; que los maestros no están preparados, que los métodos de enseñanza no funcionan ni siquiera para los estudiantes "normales", que los padres de familia de los muchachos "sanos", no han sido informados suficientemente o lo han sido en forma distorsionada. Y he

aquí, entonces, que el problema de la integración del excepcional en la escuela regular se liga en forma indisoluble al problema de la modificación de la escuela. Resaltan en forma inmediata, los defectos de nuestras instituciones educativas y la urgencia de eliminarlos, superando las trabas y los largos plazos que imponen las estructuras políticas y administrativas, a las que muchos legisladores sirven de instrumento.

Existen, tomando otro ejemplo, problemas arquitectónicos y urbanísticos no resueltos, para hacer menos difícil el traslado de los minusválidos: rampas para las sillas de ruedas en vez de escaleras, aceras más anchas, teléfonos públicos con aparatos alcanzables también para el que está sentado en una silla de ruedas. Son problemas reales que hay que abordarlos rápidamente. Pero hay que tomar en cuenta la realidad en que vivimos. Hay ciudades donde es imposible usar el teléfono público, donde es difícil lograr encontrar baños limpios. La prensa y los medios de comunicación deben informar y, además, insistir en el estrecho vínculo que une los problemas más impostergables, contribuyendo a hacer la ciudad más vivible para todos. De no ser así, todas las soluciones se vuelven ficciones demagógicas. A veces se organizan campañas cívicas con objetivos fútiles, mientras se olvidan vulgaridades intolerables como el escupir en público, tirar desperdicios en la calle, etc.

Ya hemos considerado a los minusválidos, con sus dificultades, con sus intentos de integración, a veces imposibles en la realidad, a veces obstaculizados por una sociedad que no deja lugar y espacio a los sanos, y mucho menos a los que no los son. Por lo tanto, es necesario que las personas "normales" se encarguen de las personas que tienen dificultades subjetivas y objetivas, y que traten de remover por lo menos los obstáculos más absurdos e inaceptables.

Pero no es posible afrontar esta intrincada cuestión sin examinar también todo aquel mundo *sui generis* que rueda en torno a los minusválidos: sus padres, hijos, maridos, parientes. Hemos tenido noticias de padres de niños minusválidos que han llegado a eliminarlos porque no lograron soportar sus sufrimientos o porque no tenían la posibilidad de hacer nada por ellos. La prensa, en la mayoría de estos casos, recurre al sensacionalismo emotivo, e incluso indirectamente absuelve a los autores de esos hechos. Otras veces apela al moralismo maniqueo... "Detrás de la ficción piadosa, aparece el truco político. Las emociones fuertes se despilfarran en cada página de periódico y en cada voz radiotelevisiva. El periodista trata de enjaular al lector para que se quede en una actitud pasiva, mero objeto de recepción frente a la circunstancia que el periódico le presenta. Se conecta al espectador con los sentimientos populares y tradicionales como la piedad, el odio, el amor materno y paterno, la fe religiosa y la emotividad. El elemento macabro tiende a cubrir o a desviar la investigación auténtica."<sup>2</sup>

Estos casos demuestran la falta de información que subyace en el fondo de tantos sufrimientos. Con un poco más de información, ¡Cuántas tragedias se hubiesen podido y debido evitar!

A veces los medios de comunicación descubren un problema de abandono de un niño excepcional. A esta noticia le dedican durante dos o tres días toda la atención. Pero luego, intempestivamente, el caso se olvida... Y nos preguntamos: ¿qué fue de ese niño? Y en fin, ¿qué fue de tantos niños minusválidos y no minusválidos abandonados

siempre y en todo lugar?

Sin ir más lejos, ¿cuánto no hallaríamos qué hacer en nuestra ciudad de Mérida, por cuyas calles vemos vagar enfermos mentales, mendigos y niños en completo estado de abandono!. Y todo esto bajo la general indiferencia de todos los transeúntes y, por supuesto, de los medios de comunicación. Y saber que existen tantas asociaciones públicas y privadas dedicadas a la beneficencia.

En definitiva, los medios de comunicación tienen el deber de afrontar los problemas, sugiriendo soluciones, discutiendo y sensibilizando a la opinión pública. Y esto es precisamente lo que muchas veces no se hace. Nadie nos explica cómo y a quién dirigirse para soportar el peso de la terrible tragedia. Nadie denuncia —si exceptuamos los consabidos lamentos demagógicos políticamente utilizados— las carencias de un sistema y de toda una sociedad. Nadie explica qué sucede en otros países, cuáles son las experiencias que se han hecho, qué experiencia es necesaria que nosotros adoptemos y adaptemos.

Se hacen muchos congresos, convenciones, mesas redondas, debates, pero los medios de comunicación, cuando nos informan, se refugian en términos técnicos, haciendo inaccesible la noticia a través del velo de las ideologías, de los dogmatismos, de las recetas, de las panaceas y de las ideas preconcebidas. Se usa el lenguaje de los especialistas para que sólo ellos lo puedan comprender. En la sociedad no cuenta lo que piensan pocos iluminados; cuentan las convicciones y los propósitos de las grandes mayorías. Los medios de comunicación deben llegar a ellas, adecuando el planteamiento a su nivel de conciencia política, porque, aunque este nivel fuese atrasado, hay que entender que es la realidad la que está atrasada y que huyendo hacia adelante, no se logra otra cosa que esconder la cabeza entre las nubes.

A propósito de los tecnicismos, es rotunda la reflexión de Luciano De Crescenzo: "Lo del lenguaje técnico es una antigua desdicha que invade cualquier rama del saber. En efecto, desde que el mundo es mundo siempre ha habido alguien que pronunció su "abracadabra" para impresionar a los profanos. Se comienza con los sacerdotes egipcios de hace 5000 años y se continúa con todas las especies de brujos posibles, para terminar nuestros médicos que, cuando son entrevistados en la televisión, nunca dicen "fiebre" sino "temperatura corpórea". El lenguaje especializado paga y hace más importantes y poderosos a quienes lo usan. Hoy no existe grupo, asociación o confraternidad que no tenga su lenguaje técnico (...) Lo malo es que los especialistas del saber temen que una eventual sencillez de expresión pueda ser tomada por ignorancia. Y cuando se dan cuenta de que se quiere tratar la materia con demasiada desenvoltura, viene el calificativo de "divulgador", y tuercen la boca y fruncen el ceño, como si el verbo "divulgar" emanara quien sabe qué hedor insoportable. La verdad es que todos estos señores no aman al prójimo, y que se preocupan más de la propia imagen que de la difusión del saber".<sup>69</sup>

Por otra parte, resulta preocupante la tendencia a usar los términos **excepcional**, **deficiente**, **inválido**, **minusválido**, **anormal** en forma despectiva y hasta racista.

Y así va aumentando el abismo que separa a las personas que no tienen *handicap* de aquellos que lo tienen.

Los medios de comunicación son uno de los más grandes factores que determinan y mantienen un cierto clima cultural. Son agentes formadores de opinión y vehículos de las ideas que deben imponerse. En consecuencia, en ocasiones, refuerzan el prejuicio como auténtico instrumento de exclusión. Si leemos la mayoría de los artículos que aparecen en la prensa, la vida de una persona impedida se agota entre la limosna, asistencia y rehabilitación en los mejores casos. El resto de la realidad parece no interesar. Esto es tan evidente que no necesitamos acudir a muchas demostraciones. Bástenos abrir cualquier periódico para comprobar el donativo de un Banco a una institución benéfica para niños minusválidos. También se comprueba la enorme cantidad de solicitudes de medicamentos, de aparatos auditivos, muletas, prótesis, sillas de rueda, etc., De esta forma los medios de comunicación, se transforman en vehículos de las necesidades de amplios sectores de la población para que los que puedan, hagan la obra de misericordia del día. Abundan el tono de piedad, el toque escandaloso, los proyectos e iniciativas de entidades públicas y privadas y de asociaciones benéficas que nunca se sabe cuándo llegarán a realizarse.

No ignoramos que a veces se encuentra el verdadero trabajo hecho con espíritu de compromiso social: pero esto es cosa que ocurre raras veces. Notamos que ninguno de nuestros periódicos mantiene una columna permanente sobre esta problemática; y en la mayoría de los artículos, el enfoque es casi siempre exclusivamente médico-psiquiátrico, muy lejos de la compleja y viva realidad del tema. Hay que señalar, por último, que casi nunca toma la palabra una persona minusválida. Al final nos están poniendo al borde de creer que el *handicap* ya no pertenece a los minusválidos!. Hasta de las enfermedades se apropian esos mesías de la piedad; consideran peligroso que el marginado hable en primera persona.

No podemos, sin embargo concluir este capítulo, sin reconocer que, gracias a numerosas iniciativas, ciertos temas han llegado al conocimiento de la opinión pública. En estos últimos tiempos algo ha cambiado. Muchos prejuicios han comenzado a ser golpeados.

Es muy fácil dejarse llevar por la tendencia a la generalización cuando hablamos de los medios de comunicación. No nos olvidemos que hay excepciones que deberían ser subrayadas y puestas en evidencia. Alguien y algo se está moviendo, a pesar de las dificultades, incertidumbres y errores de toda clase, a pesar de la misma "naturaleza" que nos llevaría a huir o a evitar lo que es diferente (pero en realidad no se trata de nuestra naturaleza, sino de nuestra cultura).

Los medios de comunicación deben entender que el *handicap* es un capítulo de la marginalidad que está presente en nuestra sociedad. Recordemos sino a los ancianos, a los desempleados y subempleados, a los encarcelados, a los drogadictos, a los explotados por toda una vida carentes de una elemental seguridad social, etc. De todo esto deben ocuparse los medios de comunicación, no sólo despertando emotividad y piedad, sino sobre todo apelando a la responsabilidad social, enseñándonos a ser sincera y modestamente, solidarios.

## BIBLIOGRAFIA

- (1) Baldelli, Pio. *Informazione e Controinformazione*. Mazzota Editore, Milano 1972, p. 84.
- (2) Idem, p. 162.
- (3) De Crescenzo, Luciano. *Storia della Filosofia Greca*. Mondadori, 1983, pp. 12-13.